

Eros y Tánatos como pareja arquetipal. Desde la psicología profunda de Jung

Félix José Piñerúa Monasterio
Universidad Central de Venezuela

Hablar hoy de inconsciente nos resulta cotidiano, mas no fue sino con la aparición del psicoanálisis cuando empezamos a familiarizarnos con el término y lo que éste implica. Así, tenemos que la tesis esencial del psicoanálisis es que en la mente existen contenidos psíquicos inconscientes ocultos al propio sujeto merced a la represión; estos contenidos pueden ser de tipo representativo, como los que se refieren al conocimiento que el sujeto tiene de experiencias pasadas, o de tipo emotivo, como los deseos, instintos o apetitos en general.

Dentro de la corriente psicoanalítica surgió la “psicología profunda o de los complejos” desarrollada por Carl Gustav Jung, con un estilo distintivo en la forma de estudiar el comportamiento humano. De acuerdo con Jung, para captar a cabalidad la estructura y función del psiquismo era vital que la psicología complementara sus métodos experimentales, propios de las ciencias naturales, con los provistos por las ciencias humanas. De allí su cercanía con la antropología. Para este autor, el mito, los sueños y las psicopatologías constituirían un espectro de continuidad, manifestando *in vivo* rasgos singulares que operan de manera sistemática en las profundidades de la vida anímica inconsciente. Sin embargo, para Jung lo inconsciente *per se* es, por definición, incognoscible. De acuerdo con esto, sólo sería aprehendido por medio de sus manifestaciones.

Según la hipótesis de Jung (1981a), tales manifestaciones remiten a determinados patrones, a los que llamó “arquetipos”. Éstos modelarían la forma en que la conciencia humana experimenta el mundo y se autopercebe; además, llevarían implícita la matriz de respuestas posibles que es dable observar, en un momento determinado, en la conducta particular de un sujeto. En este sentido Jung sostenía que los arquetipos actúan en todos los seres humanos, lo que le permitió postular la existencia de un “inconsciente colectivo”. El hombre accedería a esa dinámica inconsciente en virtud de la experiencia subjetiva de los símbolos, la cual es mediada profusamente por los

sueños, el arte, la religión, los mitos, los dramas psicológicos representados en las relaciones interpersonales y los propósitos íntimos.

Esto es posible, según Schwarz (2008: 27), gracias a que en un momento dado de la evolución humana se crea un umbral de comunicación entre el consciente y el inconsciente de las personas, que permite la aparición de una intercomunicación entre la lógica y la afectividad, entre la imaginación y la realidad. Estados de conciencia hasta entonces desconocidos aparecen y modifican de forma sensible el comportamiento de la especie.

Ahora bien, en el lugar donde entramos en contacto y nos damos cuenta de la presencia de este inconsciente colectivo, para Jung existen problemas que de ningún modo se pueden resolver con los medios propios. Esta confesión posee la ventaja de la probidad, de la verdad y de la realidad, y así, al asumir esa imposibilidad, se ponen las bases para una reacción compensatoria de lo inconsciente colectivo; es decir, quien reconoce la existencia del problema se inclina a prestar atención a una ocurrencia útil o percibir ideas que antes no había dejado aparecer. Si se tiene tal actitud, se puede despertar y captar fuerzas útiles que dormitan en la naturaleza profunda del hombre, en lo inconsciente colectivo, de tal manera que la reacción necesaria y requerida se expresa en representaciones configuradas arquetípicamente (Jung, 1981b).

Estas fuerzas útiles no siempre son aceptadas en forma directa por el consciente y surgen entonces en forma de “representaciones colectivas” que tienen una fuerza dominante. Por ello no es ningún milagro que sean reprimidas con la más intensa resistencia. Cuando se encuentran reprimidas no se ocultan tras cualquier fenómeno sin importancia, sino tras aquellas representaciones y figuras que ya son problemáticas por otros motivos, y de ese modo elevan y complican la problematización de las mismas; por ejemplo, tras la pareja de padres o de amantes hay contenidos de alta tensión que no son percibidos por la conciencia, y por eso sólo son perceptibles mediante la proyección. Estas *syzygias* (unión de opuestos) se proyectan en completo antagonismo con la actitud religiosa tradicional, y en forma visionaria y de vivencia. Semejante tendencia a relativizar los opuestos es una característica propia de lo inconsciente, pues esto sólo se verifica en casos de sensibilidad moral muy aguda; en otros casos puede remitir de manera inexorable a la incompatibilidad de los opuestos (*ibidem*: 43-59).

Al darnos cuenta de que todo lo psíquico es preformado, evidentemente también lo son sus funciones particulares, en especial aquellas que provienen en forma directa de predisposiciones inconscientes. A ese campo pertenece la “fantasía creadora”. Las imágenes de la fantasía superan el influjo prodigado por los estímulos de los sentidos

y los estructuran para hacerlos coincidir con una imagen anímica precedente. Aquí es donde se hacen visibles las “imágenes primordiales”, y donde también encuentra su aplicación específica el concepto de arquetipo (*ibidem*: 62-72).

La imagen no sólo expresa la forma de la actividad que se ejercerá, sino también la situación típica en la cual la actividad se desencadena. Éstas son “imágenes primordiales” en tanto son directamente propias del género, y en caso de resultar de un proceso de formación, el proceso coincide por lo menos con el origen de la especie (*ibidem*: 72).

Las “representaciones religiosas”, las cuales son de gran fuerza sugestiva y emocional, tal como lo muestra la historia, forman parte de las representaciones colectivas, por lo que una persona puede creer de buena fe que no posee ninguna idea religiosa. Sin embargo, nadie está tan fuera de la humanidad como para estar exento de cualquier representación colectiva dominante. Precisamente su materialismo, su ateísmo, su comunismo, su socialismo, su liberalismo, su intelectualismo, su existencialismo, etcétera, atestiguan en contra de lo que él afirma con ingenuidad. En todos lados, sea así o asá, mucho o poco, el hombre siempre se encuentra poseído por una idea superior. Así, en nosotros encontramos siempre partes de la forma del mundo de los dioses y esto nos hace partícipes del *anima mundi*, el alma del mundo que representa una fuerza natural, responsable de todos los fenómenos de la vida y de la psique (Jung, 1981a).

Así, para Jung los mitos, en su lenguaje simbólico, atesoran nuestra esencia y nos hablan de la profundidad de nuestro ser psíquico; para él los mitos relacionados con la muerte se refieren al regreso al vientre materno, de ahí que se supone que los difuntos renacen. Así, estos mitos encierran en forma simbólica un renacer, al darse la complitud de opuestos vida-muerte, creación-destrucción. Y es gracias a la toma de conciencia de la muerte como se desencadenan con objetividad la actividad religiosa, sus representaciones y la creatividad artística en tanto lenguaje simbólico.

En el *Homo sapiens* la muerte no sólo es reconocida como un hecho, a la manera de los animales, ni siquiera como una pérdida irreparable, pues sobre todo se concibe como la transformación de un estado a otro. Para la conciencia del *sapiens* el ciclo de vida-muerte es una ley de la naturaleza. El hecho de creer que tal transformación conduce a otra vida, donde se mantiene la identidad de lo transformado, indica que la imaginación irrumpe en la percepción de la realidad y que el mito, a su vez, lo hace en la visión del mundo.

Lo anterior, desde el punto de vista arquetipal, lo notamos en la *syzygia* del *Ouroboros* o Uróboros, que es un concepto empleado en diversas culturas y cuya representación más antigua se encuentra en la emblemática serpiente de los antiguos Egipto

y Grecia, que se remontan a los jeroglíficos hallados en la cámara del sarcófago de la pirámide de Unas, fechados para 2300 a.C. Por lo general se representa como un dragón o serpiente que se muerde la cola para se devorarse a sí mismo, y representa la naturaleza cíclica de las cosas, el eterno retorno y otros conceptos percibidos como ciclos que comienzan de nuevo en cuanto concluyen. Este símbolo fue muy utilizado en la alquimia para representar la ley “del intercambio equivalente”, cuyo significado es “vida y muerte”, “inicio y final”, “masculino y femenino”. Se trata de un ciclo sin fin del que nace la ley de la materia (física). En otras palabras, representa la unión de los opuestos (“la materia no se crea ni se destruye, sólo se transforma”).

En la mitología griega y en nuestra visión del proceso psicoterapéutico, esta *syzygia* es representada por la pareja arquetipal de Eros y Tánatos. Eros es una deidad primordial que no sólo encarna la fuerza del amor erótico, sino también el impulso creativo de la siempre floreciente naturaleza, la luz primigenia responsable de la creación y el orden de todas las cosas en el cosmos. En la teogonía Eros surgió tras el caos primordial junto con Gea, la Tierra, y Tártaro, el inframundo. De acuerdo con la obra de Aristófanes, en particular en *Las aves*, Eros brotó de un huevo puesto por la Noche (Nix), quien lo había concebido con la Oscuridad (Érebo). En los misterios eleusinos era adorado como Protógono, el “primero en nacer”. Más tarde apareció la versión alternativa que hacía a Eros hijo de Afrodita con Ares (más comúnmente), Hermes o Hefesto, o de Poros y Penia, e incluso a veces de Iris y Céfito.

Este Eros era un ayudante de Afrodita, el cual dirigía la fuerza primordial del amor y la llevaba a los mortales. En algunas versiones tenía dos hermanos llamados Anteros, que eran la personificación del amor correspondido, e Hímero, la del deseo sexual.

El Eros de la Antigüedad es un dios cuya divinidad supera los límites de lo humano y que, por eso mismo, no puede ser comprendido ni representado. Se trata en forma sustancial de una superpotencia que, al igual que la naturaleza, se deja dominar y utilizar como si fuera impotente. Pero el triunfo sobre la naturaleza es algo que se paga caro: ésta no precisa de declaraciones de principios, sino que se satisface con tolerancia y la medida justa. Actúa en la naturaleza viva como fructífera fuerza generadora (Jung, 2006: 27-28). Así, Eros es una fuerza generadora, creativa, que nos permite construir y establecer vínculos.

Por el contrario, Tánatos era la personificación de la muerte no violenta. Su toque era suave, como el de su hermano gemelo Hipnos, el sueño. Tánatos era una criatura de una oscuridad escalofriante, por lo común representado como un hombre joven alado, con barba, llevando una mariposa, una corona o una antorcha invertida en las manos, que se le apaga o se le cae, y una espada sujeta al cinturón.

Homero y Hesíodo lo consideraban hijo de Nix, la Noche, y como ya mencionamos, gemelo de Hipnos, con lo que insinuaban que ambos hermanos discutían cada noche sobre quién se llevaría a cada hombre, o bien que el sueño anulaba cada noche a los mortales en un intento de imitar a su hermano mayor. Tánatos actuaba cumpliendo el destino que las Moiras le asignaban.

Tánatos se hace presente como fuerza transformadora en tanto que tomamos conciencia de nuestra finitud, cuando emprendemos un viaje a lo profundo de nuestro ser que nos conduce al cambios. Sin embargo, para cambiar hay que dejar morir y salir del trauma.

Aquí se contacta de nuevo con Eros como una fuerza creativa que nos habla de nuestra necesidad de trascendencia, como lo demuestra, en la geografía prehispánica, el rey de Texcoco Nezahualcóyotl, “coyote hambriento”, que nos dejó este poema que ilustra la necesidad del ser humano de trascender la muerte en un proceso creativo que busca ser recordado entre los hombres:

Un recuerdo que dejó

¿Sólo así he de irme
como las flores que perecieron?
¿Nada quedará de mi nombre?
¿Nada quedará de mi fama aquí en la tierra?
¡Al menos flores, al menos cantos!
¿Qué podrá hacer mi corazón?
En vano hemos llegado,
en vano hemos brotado en la tierra.

No obstante, para los griegos la muerte tenía otra forma de presentarse, que era la muerte violenta, bajo el dominio de las hermanas de Tánatos, amantes de la sangre: las Keres, descritas como seres oscuros, con dientes y garras rechinantes, sedientas de sangre humana. Ellas sobrevolaban el campo de batalla en busca de moribundos o heridos.

Según Hesíodo, las Keres eran hijas de Nix y, como tales, hermanas del Destino (las Moiras), la Condenación (Moros), la Muerte y el Sueño (Tánatos e Hipnos), la Discordia (Eris), la Vejez (Geras), la Venganza (Némesis), Caronte y otras personificaciones. Algunos también han afirmado que las Keres eran hijas de Érebo y Nix. Esta otra cara de la muerte, representada por la Keres, es violenta, abrupta y sin sentido,

donde sólo hay destrucción. La observamos desde el punto de vista psicoterapéutico cuando no existe un proceso: cuando quedamos atrapados en las aguas del Estigia, donde nos expresamos a través de los mecanismos de defensa para dar cabida al orgullo, la megalomanía y otras expresiones distantes de Eros.

Esto se puede ilustrar con el héroe griego Aquiles, cuando su madre, la diosa Tetis, a quien se le había vaticinado la muerte temprana de su hijo si iba a la guerra, intenta detenerlo:

—Si vas a Troya, tu fama será grande, pero tu vida será breve. Si te quedas, por el contrario, vivirás largos y gozosos años.

A lo que Aquiles responde:

—¡Pero sin gloria!

Aquí la gloria se convierte en una máscara de su proceso autodestructivo, la misma que observamos en personajes como Muamar el Gadafi, por nombrar sólo a uno de aquellos líderes que mueren en brazos de las Keres. En la práctica psicoterapéutica por lo general observamos cómo entre los individuos para quienes la muerte ha sido un suceso violento o traumático muestran una actitud pesimista ante la vida, presentan altos niveles de angustia y no tienen conciencia del vínculo existente entre su neurosis y su experiencia de muerte.

Estos individuos son tomados por Ker, mientras aquellos que han visto irse a un anciano con suavidad, rodeado de afecto y en paz con todo el mundo, por lo general serán propensos a considerar la muerte como un suceso natural, como una liberación, y si esto se acompaña de una perspectiva religiosa de trascendencia, le quitara el dramatismo traumático y brindará ese misma suavidad ofrecida por Tánatos.

Bibliografía

- BECKER, U., *Enciclopedia de los símbolos*, Barcelona, Swing, 2008.
- CHEVALIER, J. y A. GHEERBRANT, *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder, 1999.
- _____, *Diccionario de la mitología mundial*, Madrid, Edaf, 1999.
- GRAVES, R., *Los mitos griegos*, 2 vols., Madrid, Alianza, 2009.
- JUNG, C. G., *Sobre el amor*, Madrid, Trotta, 2006.
- _____, *El hombre y sus símbolos*, Barcelona, Caralt, 1981a.
- _____, *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Barcelona, Paidós, 1981b.
- ROOB, A., *Alquimia y mística*, Madrid, Taschen, 2006.
- SCHWARZ, F., *Mitos, ritos, símbolos. Antropología de lo sagrado*, Buenos Aires, Biblos, 2008.